

[DE FIDE RERUM QUAE NON VIDENTUR.]

ADVERTENCIA AL LIBRO SUBSIGUIENTE.

Nos hemos encargado de restituir a Agustín la siguiente obra, que los teólogos de Lovaina le habían negado y relegado a un apéndice, con la censura que tomaron prestada de Erasmo: Este librito está compuesto de diversas cartas de Agustín, especialmente en lo que respecta a las sentencias. Erasmo añadía que parecía probable que la obra fuera de Hugo de San Víctor: pero su conjetura es refutada por el simple hecho de que el mismo libro está escrito en un códice de Gemmeticensi antes de la época de Hugo, y lleva en su portada el nombre de Agustín. El contenido y el estilo tampoco recuerdan a Hugo, sino completamente a Agustín; quien finalmente, lo que Erasmo no advirtió, en la carta 231, a Darío el conde, encontrada después de la edición de Froben y publicada por primera vez en la Plantiniana de Lovaina, afirma que el libro es suyo con estas palabras, n. 4: También envié otros libros que no pediste, para no hacer solo lo que pediste, sobre la Fe de las cosas que no se ven, sobre la Paciencia, sobre la Continencia, sobre la Providencia, y uno grande sobre la Fe, la Esperanza y la Caridad. Sin duda, este pasaje también pasó desapercibido para Bellarmino, quien siguiendo a los de Lovaina, deseaba con gusto clasificar este libro entre los espurios, ya que no se encuentra mencionado en las Retracciones: sin embargo, él mismo considera genuinos los libros ahora mencionados, sobre la Paciencia y la Continencia, aunque no se haga mención de ellos allí, porque son citados por Possidio y por Beda el Venerable. Estas obras son de esos tratados populares que, como Agustín escribe a Quodvultdeus en la carta 224, n. 2, le quedaban por revisar junto con las cartas, después de haber completado ya dos volúmenes de revisión de sus libros. Bernardo Vindingus en el Crítico Agustiniense está de acuerdo con nosotros; y considera que el título que se había prefijado en las ediciones, sobre la Fe de las cosas invisibles, debe corregirse con razón; ya que aquí se trata de la fe, no solo de aquellas cosas que nunca se pueden alcanzar con los ojos corporales, sino también de algunas que, si se presentaran a ellos, podrían ser vistas. La obra debe situarse después del año 399, cuando se promulgaron leyes por Honorio contra los ídolos, como se reconoce por lo que se lee en n. 10 sobre la subversión de los ídolos.

S. AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, SOBRE LA FE DE LAS COSAS QUE NO SE VEN, LIBRO UNO. (C)

En el cual se demuestra que en la religión cristiana creemos en cosas que no vemos con nuestros ojos, no por temeridad culpable, sino por fe loable.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Incluso en asuntos humanos se cree en muchas cosas que no se ven con los ojos. La buena voluntad de un amigo no se ve, sino que se cree. La benevolencia de un amigo probado no nos consta sin alguna fe. Hay quienes piensan que la religión cristiana debe ser ridiculizada en lugar de seguida, porque en ella no se muestra algo que se vea, sino que se impone a los hombres la fe en cosas que no se ven. Por lo tanto, para refutar a aquellos que prudentemente creen que no deben creer en lo que no pueden ver, aunque no podamos mostrar con la vista humana las cosas divinas que creemos, sin embargo, mostramos a las mentes humanas que también deben creerse aquellas cosas que no se ven. Y primero, estos, a quienes la necesidad ha hecho tan dependientes de los ojos carnales, que no creen que deban creer en lo que no ven a través de ellos, deben ser advertidos de cuántas cosas no solo creen, sino que también saben, que no pueden ser vistas con tales ojos. Aunque son innumerables en nuestra propia mente, cuya naturaleza es invisible, por no mencionar otras, la misma fe con la que creemos,

o el pensamiento con el que sabemos que creemos o no creemos en algo, aunque está completamente fuera de la vista de estos ojos, ¿qué hay tan desnudo, tan claro, qué tan cierto es para las visiones interiores de las mentes? ¿Cómo, entonces, no se debe creer en lo que no vemos con los ojos corporales, cuando vemos sin ninguna duda que creemos o no creemos, donde no podemos aplicar los ojos corporales?

2. Pero, dicen, estas cosas que están en la mente, como podemos verlas con la misma mente, no necesitamos conocerlas a través de los ojos del cuerpo: pero lo que ustedes dicen que debemos creer, no lo muestran externamente, para que lo conozcamos a través de los ojos del cuerpo; ni están dentro de nuestra mente, para que lo veamos pensando. Hablan así, como si alguien fuera ordenado a creer, si ya pudiera ver lo que se cree. Por eso, ciertamente debemos creer en algunas cosas temporales que no vemos, para que merezcamos ver también las eternas que creemos. Pero quienquiera que seas, que no quieres creer sino en lo que ves, he aquí que ves cuerpos presentes con tus ojos corporales, ves tus voluntades y pensamientos presentes, porque están en tu mente, con la misma mente: dime, te lo ruego; ¿con qué ojos ves la voluntad de tu amigo hacia ti? porque ninguna voluntad puede ser vista con los ojos corporales. ¿O acaso también ves con tu mente lo que se hace en la mente ajena? Si no lo ves, ¿cómo devuelves la benevolencia amistosa, si no crees en lo que no puedes ver? ¿O acaso dirás que ves la voluntad del otro a través de sus obras? Entonces verás los hechos, y escucharás las palabras, pero crearás en la voluntad del amigo que no puede ser vista ni escuchada. Porque esa voluntad no es color ni figura, para ser presentada a los ojos; ni sonido ni melodía, para ser percibida por los oídos; ni es tuya, para ser sentida por la afección de tu corazón. Por lo tanto, queda que, ni vista, ni escuchada, ni vista dentro de ti, sea creída, para que tu vida no quede desierta sin ninguna amistad, o el amor que se te ha dado no sea correspondido por ti. ¿Dónde está, entonces, lo que decías, que no debes creer sino en lo que ves, ya sea externamente con el cuerpo o internamente con el corazón? He aquí que desde tu corazón, crees en un corazón que no es el tuyo; y donde no diriges la mirada de la carne ni de la mente, prestas fe. Ves el rostro del amigo con tu cuerpo, ves tu fe con tu mente: pero la fe de tu amigo no es amada por ti, si no hay en ti esa fe mutua, por la cual crees lo que no ves en él. Aunque el hombre puede engañar fingiendo benevolencia, ocultando malicia: o si no piensa en hacer daño, sin embargo, esperando de ti alguna conveniencia, simula, porque no tiene caridad.

3. Pero dices que crees en el amigo, cuyo corazón no puedes ver, porque lo has probado en tus tentaciones, y has conocido qué tipo de ánimo tenía hacia ti en tus peligros, donde no te abandonó. ¿Acaso crees que para probar la caridad de los amigos hacia nosotros, es deseable nuestra calamidad? Ninguno de los amigos más seguros será feliz, a menos que sea infeliz en las adversidades: para que, evidentemente, no disfrute del amor del otro probado, a menos que sea atormentado por su propio dolor o miedo. ¿Y cómo puede desearse la felicidad en tener verdaderos amigos, cuando no puede probarse sino por la infelicidad? Y sin embargo, es cierto que se puede tener un amigo incluso en tiempos prósperos, pero se prueba más ciertamente en tiempos adversos.

CAPÍTULO II.

Si se elimina la fe en los asuntos humanos, qué horrible confusión seguiría. Pero ciertamente, para probarlo, no te expondrías a tus peligros, a menos que creyeras: y por lo tanto, cuando te expones para probar, crees antes de probar. Ciertamente, si no debemos creer en cosas no vistas, ya que creemos en los corazones de los amigos aún no probados más ciertamente; y cuando con nuestros males hemos probado sus bienes, incluso entonces creemos más bien en su benevolencia hacia nosotros, que la vemos: a menos que haya tanta fe, que no

incongruentemente juzguemos ver con ciertos ojos lo que creemos; ya que debemos creer porque no podemos ver.

4. Si se elimina esta fe de los asuntos humanos, ¿quién no advierte cuánta perturbación de ellos, y qué horrible confusión seguiría? Porque, ¿quién será amado por alguien con amor mutuo, siendo invisible el mismo amor, si no debo creer en lo que no veo? Así, toda amistad perecerá, porque no se sostiene sino por amor mutuo. ¿Qué podrá recibir de ella alguien, si no se le cree que se le ofrece? Por lo tanto, pereciendo la amistad, tampoco se conservarán en el ánimo los lazos de los matrimonios, ni de las relaciones y afinidades; porque también en estos, ciertamente, hay un acuerdo amistoso. Por lo tanto, el cónyuge no podrá amar al cónyuge a cambio, cuando no crea que es amado, porque no puede ver ese amor; si las cosas que no se ven, no se creen con fe loable, sino con temeridad culpable. ¿Qué diré ya de las demás relaciones, de hermanos, hermanas, yernos y suegros, y de cualquier consanguinidad y afinidad, si la caridad es incierta, y la voluntad es sospechosa, y a los hijos de los padres, y a los padres de los hijos, mientras no se devuelve la benevolencia debida; porque no se cree que se deba, cuando no se cree que exista en el otro lo que no se ve? Por lo tanto, si esta cautela no es ingeniosa, sino odiosa, donde no creemos que somos amados, porque no vemos el amor de los que nos aman, y no devolvemos la reciprocidad, a quienes no creemos que se la debemos mutuamente: hasta tal punto se perturban los asuntos humanos, si no creemos en lo que no vemos, que se derrumbarían por completo, si no creemos en las voluntades de los hombres, que ciertamente no podemos ver. Omito decir cuántas cosas creen estos que nos reprenden, porque creemos en lo que no vemos, creen en la fama y la historia, o sobre lugares donde no han estado; ni dicen, No creemos, porque no hemos visto. Porque si dicen esto, se ven obligados a admitir que no están seguros de quiénes son sus padres: porque también aquí creyeron a otros que les contaron, sin poder mostrarles lo que ya pasó, reteniendo ningún sentido de ese tiempo, y sin embargo, prestando sin ninguna duda su consentimiento a lo que otros les dijeron; lo cual, si no se hace, se incurre necesariamente en una impiedad infiel contra los padres, mientras se evita, como si fuera, la temeridad de creer en lo que no podemos ver.

CAPÍTULO III.

Indicios que confirman la fe. Profecías sobre la Iglesia cumplidas. Si, por lo tanto, al no creer en lo que no podemos ver, la misma sociedad humana, al perder la concordia, no se mantendrá: ¿cuánto más debe aplicarse la fe, aunque en cosas que no se ven, a las cosas divinas; que si no se aplica, no se viola la amistad de cualquier hombre, sino la misma religión suprema, para que siga la máxima miseria?

5. Pero, dices, aunque no puedo ver la benevolencia de un amigo hacia mí, sin embargo, puedo indagarla por muchos indicios: pero ustedes no pueden mostrar ningún indicio de lo que quieren que creamos sin haberlo visto. Por ahora, no es poco lo que admites que, por la claridad de ciertos indicios, algunas cosas, incluso las que no se ven, deben ser creídas: así también se establece que no todo lo que no se ve, no debe ser creído; y queda refutado y derrotado aquello que se dice, que no debemos creer en lo que no vemos. Pero se equivocan mucho quienes piensan que creemos en Cristo sin ningún indicio de Cristo. Porque, ¿cuáles son los indicios más claros que aquellos que ahora vemos predichos y cumplidos? Por lo tanto, quienes piensan que no hay indicios de por qué deben creer en Cristo lo que no han visto, presten atención a lo que ven. La misma Iglesia les habla con voz de amor maternal: Yo, a quien admiran fructificando y creciendo por todo el mundo, tal como me ven, alguna vez no fui así. Pero, En tu simiente serán bendecidas todas las naciones (Gén. XXII, 18). Cuando Dios bendecía a Abraham, me prometía a mí: porque en todas las naciones en la

bendición de Cristo me difundió. La simiente de Abraham, Cristo, es testificada por el orden de las generaciones sucesivas. Para resumir brevemente, Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, Jacob engendró a doce hijos, de los cuales surgió el pueblo de Israel. Jacob mismo fue llamado Israel. En estos doce hijos engendró a Judá, de donde proviene el nombre de los judíos, de los cuales nació la virgen María, que dio a luz a Cristo. Y he aquí que en Cristo, es decir, en la simiente de Abraham, ven y se asombran de que todas las naciones sean bendecidas; ¡y aún dudan en creer en él, en quien más bien deberían haber temido no creer! ¿O acaso dudan o se niegan a creer en el parto de una virgen, cuando más bien deberían creer que así debía nacer el hombre Dios? Y también esto reciban como predicho por el profeta: He aquí que la virgen concebirá en su vientre, y dará a luz un hijo, y lo llamarán Emmanuel, que se interpreta, Dios con nosotros (Isaías VII, 14). No dudarán, por lo tanto, de la virgen que da a luz, si quieren creer en Dios naciendo; gobernando el mundo sin abandonarlo, y viniendo a los hombres en la carne; trayendo fecundidad a la madre, sin quitarle la integridad. Así debía nacer el hombre, aunque siempre fue Dios, desde que naciendo se convirtió en Dios para nosotros. De él, nuevamente, el profeta dice: Tu trono, Dios, es por los siglos de los siglos; vara de rectitud, vara de tu reino. Amaste la justicia, y odiaste la iniquidad; por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría más que a tus compañeros. Esta unción es espiritual, con la que Dios ungió a Dios, es decir, el Padre al Hijo: de donde sabemos que Cristo fue llamado por el crisma, es decir, por la unción. Yo soy la Iglesia de la que se le dice en el mismo salmo, y se predice como hecho lo que iba a suceder: La reina está a tu derecha, vestida de oro, rodeada de variedad, es decir, en el sacramento de la sabiduría, adornada con la variedad de lenguas. Allí se me dice: Escucha, hija, y ve, e inclina tu oído, y olvida a tu pueblo, y la casa de tu padre: porque el rey deseó tu belleza; porque él es el Señor tu Dios, y las hijas de Tiro lo adorarán con regalos, todos los ricos del pueblo buscarán tu favor. Toda la gloria de la hija del rey es interior, vestida de oro, rodeada de variedad. Serán llevadas al rey vírgenes después de ella, sus compañeras serán llevadas a ti: serán llevadas con alegría y regocijo, serán llevadas al templo del rey. En lugar de tus padres, nacieron para ti hijos, los constituirás príncipes sobre toda la tierra. Recordarán tu nombre en cada generación y generación. Por eso los pueblos te confesarán por los siglos, y por los siglos de los siglos (Salmo XLIV, 7-18).

6. Si no ven a esta reina, ya fecunda con la prole real. Si no ve cumplido lo que escuchó que fue prometido, a quien se le dijo: Escucha, hija, y ve. Si no dejó los ritos antiguos del mundo, a quien se le dijo: Olvida a tu pueblo, y la casa de tu padre. Si no confiesa a Cristo el Señor en todas partes, a quien se le dijo: El rey deseó tu belleza, porque él es el Señor tu Dios. Si no ve las ciudades de las naciones orar a Cristo y ofrecerle regalos, de quien se le dijo: Las hijas de Tiro lo adorarán con regalos. Si no se deponen también el orgullo de los ricos, y buscan ayuda de la Iglesia, a quien se le dijo: Todos los ricos del pueblo buscarán tu favor. Si no reconoce a la hija del rey, a quien se le ordenó decir: Padre nuestro, que estás en los cielos (Mateo VI, 9); y en sus santos se renueva en el hombre interior día a día (II Cor. IV, 16), de quien se dijo: Toda la gloria de la hija del rey es interior: aunque también deslumbra los ojos de los extraños con la fama de sus predicadores en la diversidad de lenguas como en los flecos de oro y la variedad de vestiduras. Si no, después de que se difunde en cualquier lugar el buen olor de ella, también se llevan vírgenes consagradas a Cristo, de quien se dice, y a quien se dice: Serán llevadas al rey vírgenes después de ella, sus compañeras serán llevadas a ti. Y para que no parezcan ser llevadas como cautivas a alguna prisión, dice: Serán llevadas con alegría y regocijo, serán llevadas al templo del rey. Si no da a luz hijos, de los cuales tiene como padres, a quienes constituye en todas partes como rectores, a quien se le dice: En lugar de tus padres, nacieron para ti hijos, los constituirás príncipes sobre toda la tierra: a quienes la madre se encomienda tanto como superiora como subordinada en sus oraciones; de donde se añade: Recordarán tu nombre en cada generación y generación. Si no, por la

predicación de los mismos padres, en la que recuerdan sin cesar su nombre, se congregan en ella tan grandes multitudes, y le confiesan con sus propias lenguas la alabanza de la gracia sin fin, a quien se le dice: Por eso los pueblos te confesarán por los siglos, y por los siglos de los siglos.

CAPÍTULO IV.

Lo que ahora vemos cumplido debe movernos a creer en lo que no hemos visto. Si estas cosas no se demuestran tan claras, que los ojos de los enemigos no encuentran hacia dónde volverse, donde no sean golpeados con la misma claridad, para que se vean obligados a admitirlo manifiestamente: tal vez con razón dicen que no se les muestran indicios por los cuales, al verlos, crean también en lo que no ven. Pero si estas cosas que ven, y que fueron predichas hace mucho tiempo, se cumplen con tanta manifestación; si la misma verdad se declara a ustedes con efectos precedentes y consecuentes, oh restos de incredulidad, ¡para que crean en lo que no ven, avergüencense de lo que ven!

7. Escuchadme, os dice la Iglesia; escuchadme, a mí que veis, aunque no queráis ver. Porque aquellos que en esos tiempos fueron fieles en la tierra de Judea, aprendieron en presencia la maravillosa natividad de la virgen, la pasión, resurrección, ascensión de Cristo, y todas sus palabras y hechos divinos. Vosotros no habéis visto esto, por eso os negáis a creer. Por tanto, mirad esto, prestad atención a esto, pensad en esto que veis, que no se os narra como pasado, ni se os predice como futuro, sino que se os muestra como presente. ¿Os parece vano o insignificante, y pensáis que no es un gran milagro divino, que en el nombre de un crucificado toda la humanidad corre? No visteis lo que fue predicho y cumplido sobre la natividad humana de Cristo, "He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo"; pero veis lo que fue predicho y cumplido a Abraham por la palabra de Dios, "En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones". No visteis lo que fue predicho sobre las maravillas de Cristo, "Venid y ved las obras del Señor, que ha hecho prodigios en la tierra" (Salmo 45, 9); pero veis lo que fue predicho, "El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy; pídemme, y te daré las naciones como herencia, y como posesión los confines de la tierra" (Salmo 2, 7-8). No visteis lo que fue predicho y cumplido sobre la pasión de Cristo, "Han horadado mis manos y mis pies, han contado todos mis huesos; ellos me miraron y me observaron; repartieron mis vestiduras entre sí, y sobre mi ropa echaron suertes"; pero veis lo que en el mismo salmo fue predicho y ahora aparece cumplido, "Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra, y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones; porque del Señor es el reino, y él dominará sobre las naciones" (Salmo 21, 17-19, 28-29). No visteis lo que fue predicho y cumplido sobre la resurrección de Cristo, hablando el Salmo desde su persona primero sobre su traidor y perseguidores: "Salían afuera, y hablaban juntos; todos mis enemigos murmuraban contra mí, pensaban mal contra mí; dispusieron una palabra iniqua contra mí". Donde, para mostrar que no lograron nada al matarlo, pues resucitaría, añadió y dijo: "¿Acaso el que duerme no volverá a levantarse?" Y poco después, cuando había predicho sobre su traidor por la misma profecía, lo que también está escrito en el Evangelio, "El que comía mi pan, levantó contra mí el talón"; es decir, me pisoteó: inmediatamente añadió, "Pero tú, Señor, ten misericordia de mí, y levántame, y les daré su merecido" (Salmo 40, 7-11; Juan 13, 18). Esto se cumplió, Cristo durmió y despertó, es decir, resucitó: quien por la misma profecía en otro salmo dice, "Yo dormí, y tomé sueño; y desperté, porque el Señor me sustentará" (Salmo 3). Pero esto no lo visteis, sino que veis su Iglesia, de la cual igualmente se dijo y se cumplió, "Señor mi Dios, a ti vendrán las naciones desde los confines de la tierra, y dirán: Verdaderamente nuestros padres adoraron mentiras, ídolos, y no hay en ellos utilidad". Esto ciertamente, queráis o no, lo veis: que si aún pensáis

que hay o hubo alguna utilidad en los ídolos; sin embargo, habéis oído a innumerables pueblos de las naciones decir, dejando o rechazando o rompiendo tales vanidades, "Verdaderamente nuestros padres adoraron mentiras, ídolos, y no hay en ellos utilidad: si el hombre hace dioses, y he aquí, ellos no son dioses" (Jeremías 16, 19-20). Y no penséis que las naciones predichas vendrían a un solo lugar de Dios, porque se dijo, "A ti vendrán las naciones desde los confines de la tierra". Entended, si podéis, que los pueblos de las naciones vienen al Dios de los cristianos, que es el Dios supremo y verdadero, no caminando, sino creyendo. Pues la misma cosa fue predicha por otro profeta así: "Prevalecerá", dice, "el Señor contra ellos, y exterminará a todos los dioses de la tierra; y le adorarán cada uno desde su lugar todas las islas de las naciones" (Sofonías 2, 11). Lo que aquel dijo, "A ti vendrán todas las naciones"; este dijo, "Le adorarán cada uno desde su lugar". Por tanto, vendrán a él sin salir de su lugar, porque creyendo en él lo encontrarán en su corazón. No visteis lo que fue predicho y cumplido sobre la ascensión de Cristo, "Exáltate sobre los cielos, Dios"; pero veis lo que sigue inmediatamente, "Y sobre toda la tierra tu gloria" (Salmo 107, 6). Todas aquellas cosas sobre Cristo ya hechas y pasadas no las visteis; pero estas presentes en su Iglesia no negáis verlas. Ambas os mostramos predichas: pero no podemos mostraros ambas cumplidas para que las veáis, porque no podemos traer al presente lo pasado.

CAPÍTULO V.

8. La manifestación de lo presente sostiene la fe en lo pasado y lo futuro. Pero así como las voluntades de los amigos que no se ven, se creen por los indicios que se ven; así la Iglesia que ahora se ve, de todas las cosas que no se ven, pero que en esas escrituras donde ella misma está predicha se muestran, es tanto testigo de lo pasado como anunciadora de lo futuro. Porque tanto lo pasado que ya no puede verse, como lo presente que no puede verse todo, cuando se predijeron, nada de esto podía verse entonces. Cuando, por tanto, comenzaron a hacerse las cosas predichas, desde aquellas que se hicieron hasta estas que se hacen, sobre Cristo y la Iglesia que fueron predichas, corrieron en ordenada serie: a la cual serie pertenecen sobre el día del juicio, sobre la resurrección de los muertos, sobre la eterna condenación de los impíos con el diablo, y sobre la eterna recompensa de los piadosos con Cristo, que igualmente se predijeron que vendrán. ¿Por qué, entonces, no hemos de creer las primeras y últimas cosas que no vemos, cuando tenemos testigos de ambas en las cosas intermedias que vemos, y en los libros proféticos oímos predichas tanto las primeras como las intermedias y las últimas antes de que sucedieran, o leemos? A menos que tal vez los hombres infieles piensen que fueron escritas por los cristianos, para que lo que ya creían tuviera mayor peso de autoridad, si se pensara que fue prometido antes de que viniera.

CAPÍTULO VI.

9. Los códices de los judíos apoyan nuestra fe. ¿Por qué la secta de los judíos no ha sido completamente eliminada? Pero si sospechan esto, que examinen los códices de nuestros enemigos los judíos. Allí lean estas cosas que hemos mencionado, predichas sobre Cristo en quien creemos, y la Iglesia que vemos desde el inicio laborioso de la fe hasta la eterna bienaventuranza del reino. Pero cuando lean, no se sorprendan de que aquellos cuyos son los códices, debido a las tinieblas de la enemistad, no entiendan estas cosas. Pues que no las entenderían fue predicho antes por los mismos profetas: lo cual, como las demás cosas, debía cumplirse, y por el oculto y justo juicio de Dios se les paga el castigo debido a sus méritos. Aquel a quien crucificaron, y a quien dieron hiel y vinagre, aunque colgando en el madero, por aquellos que iba a sacar a la luz de las tinieblas, dijo al Padre, "Perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23, 34); sin embargo, por los demás, a quienes por causas más ocultas iba a abandonar, predijo mucho antes por el profeta, "Dieron en mi comida hiel, y en

mi sed me dieron a beber vinagre: sea su mesa delante de ellos trampa, y en retribución y en escándalo; oscurezcan sus ojos, para que no vean, y encorva siempre su espalda" (Salmo 68, 22-24). Así que, con los ojos oscurecidos, caminan alrededor de nuestros clarísimos testimonios, para que por ellos se prueben estas cosas, donde ellos mismos son reprobados. Por eso se hizo, para que no fueran eliminados de tal manera que no hubiera en absoluto ninguna secta; sino que fueron dispersados por las tierras, para que llevando las profecías de la gracia concedida a nosotros para convencer más firmemente a los infieles, nos sirvieran en todas partes. Y esto mismo que digo, ved cómo fue profetizado: "No los mates", dice, "no sea que olviden tu ley; dispérsalos con tu poder" (Salmo 58, 12). No fueron, por tanto, muertos, en el sentido de que no han olvidado lo que se leía y escuchaba entre ellos. Porque si las Escrituras sagradas, aunque no las entiendan, las olvidaran por completo, en el mismo rito judío serían muertos; porque si los judíos no supieran nada de la Ley y los Profetas, no podrían ser de utilidad. Por tanto, no fueron muertos, sino dispersados: para que aunque no tengan la fe por la cual serían salvos, sin embargo, retengan en la memoria lo que nos ayuda, siendo en los libros defensores, en sus corazones nuestros enemigos, en los códices testigos.

CAPÍTULO VII.

10. La fe en Cristo de todo el mundo maravillosamente conciliada. Aunque incluso si no hubieran precedido testimonios sobre Cristo y la Iglesia, ¿quién no se movería a creer, al ver que de repente ha brillado la claridad divina para el género humano, cuando vemos que, dejando a los dioses falsos, y destruyendo sus ídolos por todas partes, templos derribados, o convertidos a otros usos, y arrancadas de la vetustísima costumbre humana tantas vanas ceremonias, un solo Dios verdadero es invocado por todos? Y que esto haya sido hecho por un solo hombre burlado por los hombres, capturado, atado, azotado, abofeteado, escarnecido, crucificado, muerto: sus discípulos, a quienes eligió como ignorantes, y sin instrucción, y pescadores, y publicanos, para que su magisterio fuera recomendado, anunciando su resurrección, ascensión, que dijeron haber visto, y llenos del Espíritu Santo, proclamaron este Evangelio en todas las lenguas que no habían aprendido. Aquellos que los oyeron, algunos creyeron, otros no creyendo resistieron ferozmente a los predicadores. Así, con los fieles luchando hasta la muerte por la verdad, no devolviendo mal, sino soportando, no matando, sino muriendo, venciendo; así el mundo se transformó en esta religión, así los corazones de los mortales se convirtieron a este Evangelio, hombres y mujeres, niños y grandes, doctos e indoctos, sabios e insensatos, poderosos y débiles, nobles e ignobles, altos y humildes, y por todas las naciones la Iglesia se difundió y creció, de tal manera que ninguna secta perversa, ningún tipo de error surge contra la misma fe católica, que no busque y ambicione gloriarse en el nombre de Cristo: lo cual no se permitiría brotar por la tierra, si no ejerciera la sana disciplina con su contradicción. ¿Cuánto podría haber logrado aquel crucificado, si Dios no hubiera asumido al hombre, incluso si ningún profeta hubiera predicho tales cosas futuras? Pero dado que tan gran misterio de piedad tuvo sus profetas y heraldos precedentes, cuyas voces divinas lo predijeron, y así vino como fue predicho, ¿quién es tan demente para decir que los Apóstoles mintieron sobre Cristo, a quien predicaron que vino tal como los Profetas predijeron que vendría, quienes tampoco callaron la verdad futura sobre los mismos Apóstoles? De ellos dijeron: "No hay lenguaje ni palabras, donde no se oigan sus voces; por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras" (Salmo 18, 4-5). Lo cual ciertamente vemos cumplido en el mundo, aunque no hemos visto a Cristo en la carne. ¿Quién, pues, sino alguien cegado por una demencia maravillosa, o endurecido y férreo por una pertinacia maravillosa, no querría tener fe en las Sagradas Escrituras, que predijeron la fe de todo el mundo?

CAPÍTULO VIII.

11. Exhortación a la observancia inamovible de la fe. Pero vosotros, amadísimos, que tenéis esta fe, o que ahora habéis comenzado a tenerla nueva, que se nutra y crezca en vosotros. Porque así como vinieron las cosas temporales predichas tanto tiempo antes, vendrán también las eternas prometidas. Ni os engañen los paganos vanos, ni los judíos falsos, ni los herejes engañosos, ni tampoco en la misma Iglesia Católica los malos cristianos, tanto más dañinos cuanto más interiores enemigos. Porque también para que los débiles no se perturbaran por esto, la profecía divina no calló, donde hablando en el Cantar de los Cantares el esposo a la esposa, es decir, Cristo el Señor a la Iglesia: "Como un lirio", dice, "entre espinas, así mi amada entre las hijas" (Cantar de los Cantares 2, 2). No dijo, entre extranjeras; sino, "entre las hijas". Quien tenga oídos para oír, que oiga: y mientras la red que fue echada al mar, y recoge toda clase de peces, como habla el santo Evangelio, es arrastrada a la orilla, es decir, al fin del siglo, sepárese de los peces malos, de corazón, no de cuerpo; cambiando malos hábitos, no rompiendo las santas redes: no sea que quienes ahora parecen mezclados con los reprobos, no encuentren vida, sino castigo eterno, cuando comiencen a ser separados en la orilla (Mateo 13, 9, 47-50).